

del Progreso. Porque lo que me espanta cuando miro en torno de mí este siglo tan ardiente en ir tras el Progreso, es el olvido casi total de estos primeros elementos de la vida cristiana que son al mismo tiempo las condiciones de la vida progresiva. Cuando veo delante de mí el orgullo en la ciencia, el orgullo en las letras, el orgullo en las artes, el orgullo en la industria, el orgullo en la economía, el orgullo en la materia, me pongo á temblar y me veo precisado á exclamar : Señores, id con cuidado; en medio de vosotros se está meditando el progreso de Satanas; en medio de vosotros se quiere hacer grandeza invertida y progreso al revés. A imitación de los ángeles rebeldes vosotros buscáis desde luego lo mas elevado que hay : mirad lo que haceis; el que comienza como Lucifer, no acabará como Jesucristo, y el que construye como Babilonia no edificará jamas la verdadera ciudad de Dios.

Señores, en presencia de estas dos doctrinas tan profundamente separadas es tiempo de decidirnos : entre estas dos vías de progreso tan diametralmente opuestas es tiempo de escoger. ¿Quereis estar por Lucifer que edifica sobre el orgullo? ¿Quereis estar por Jesucristo que edifica sobre la humildad todo el edificio del progreso? ¿Quereis ser cristianos, ó quereis ser Babilonios? ¿Cristianos, que salen de la humildad de un pesebre para conquistar el mundo y realizar el progreso de Jesucristo? ¿Babilonios, que suben á las mas altas cumbres para preparar las mas profundas caidas, y que elevan grandes murallas para preparar grandes ruinas?

Es preciso que lo sepais, Señores; la cuestion del progreso en toda su integridad consiste en esto, entre la Babilonia pagana y la Jerusalem cristiana, entre Lucifer y Jesucristo : Lucifer, el que sentado sobre un trono soberbio rodeado de tinieblas envia sus partidarios á traer á todas partes el vértigo del orgullo; Jesucristo, quien de lo alto de una humilde colina y despidiendo rayos de luz envia los pequeños á traer al mundo el misterio de la humildad.

Os ruego que no me acuseis de que saco la cuestion de su lugar; yo la dejo donde Dios la pone, y os digo : Si no edificais con nosotros, por mas que os digan los aduladores de los desatinos de este tiempo, vosotros edificais sobre el orgullo, vosotros sois Babilonios, y caeréis adonde cayó Babilonia : *Cecidit Babylon magna.*

Por el contrario, si quereis edificar con nosotros sobre la humildad

de Jesucristo, ¡ah! entónces yo os saludo; hermanos míos, yo os reconozco; vosotros sois cristianos, vosotros llevais esta señal de mi Dios : vosotros haréis progresos, progresos en el hombre, progresos en la sociedad : vosotros realizaréis la fuerza y la armonía sociales con la grandeza y el poder humano.

II.

La humildad cristiana, Señores, es para nosotros el primer principio de progreso, porque ella es el primer punto de partida de nuestra grandeza y de nuestro poder. San Agustin ha enseñado esta doctrina con palabras admirables que siento tener que acortar. ¿Quieres ser grande? dice; comienza por lo mas pequeño que hay. *Magnus esse vis? á minimo incipe.* ¿Piensas levantar á una grande altura el edificio de tu perfeccion? piensa primero en poner el fundamento de la humildad. *Cogitas magnam fabricam construere celsitudinis? de fundamento prius cogita humilitatis.* Cuanto mayor es el edificio, tanto mas profundo debe ser el fundamento abierto por el arquitecto : *quantò erit majus ædificium, tantò altius fodit fundamentum.* La construccion baja ántes de subir : *fabrica ante celsitudinem humiliatur;* y el remate del edificio no se eleva sino despues que este ha bajado, *et fastigium post humiliationem erigitur.*

Tal es el pensamiento de san Agustin sobre el progreso moral del hombre : es la verdadera filosofia de toda perfeccion humana, y no puede haber otra. Si, cuanto mas se abaja un hombre en su propia nada, tanto mas alta y espléndida levantará la cumbre de la grandeza humana. Miétras que el hombre no llega á adivinar algo de este misterio, se le escapa el secreto de nuestra grandeza moral, y ni siquiera llega á comprender la esencia de la virtud. Le faltan los primeros elementos; y si trata de ciencia moral, esta balbucea lo desconocido, y su práctica está condenada á la impotencia porque tropieza con lo imposible.

Esta imposibilidad radical del progreso moral sin la humildad es la consecuencia de lo que dijimos el año último. El orgullo es el principio de toda decadencia moral, porque es el hombre que se sustrae de

Dios y vuelve hácia sí mismo. La humildad es el principio de todo progreso moral, porque es el hombre que sale de sí mismo para volver á Dios.

Así es que admiro (y lo confieso) con toda mi fuerza de admirar, esta sabiduría verdaderamente divina, que por medio de un abatimiento voluntario da principio á toda restauracion moral del hombre. El volver á las buenas sendas se verifica en la Iglesia por medio de la confesion: y nadie ignora que la confesion es una doble humillacion, puesto que abaja el cuerpo con una prosternacion y el alma con una declaracion. Por medio de este acto el hombre degradado se rehabilita, y se levanta otra vez delante de Dios, de los hombres y de sí mismo. De aquí podeis juzgar cuánta es la ceguedad de los reformadores, que suprimiendo la confesion, suprimieron estas humillaciones sublimes que vuelven al hombre toda su verdadera grandeza, aun despues de sus degradaciones. ¡Ah! fijad la vista sobre nuestros altares, y mirad á tantos pecadores y pecadoras que se han trasfigurado por el milagro de su arrepentimiento; ellos son tan grandes como lo fueron todas sus humillaciones; y de en medio de la gloria que resplandece en derredor de su frente que ha prosternado su humillacion, os están diciendo: *Qui se humiliat, exaltabitur*. Ellos habian sido nuestro escándalo, y se han hecho nuestra edificacion; ellos habian sido personificaciones de la decadencia moral por el prodigio de sus prevaricaciones, y son ahora modelos de nuestro progreso moral por el prodigio de sus virtudes: ¿y por qué? Por esta sola razon, porque se abajaron.

Señores, yo he visto de cerca á muchas almas; yo las he visto por afuera, y mejor aun por adentro, y debo á la verdad este testimonio que de ningun modo puede omitir mi sinceridad: yo no he visto jamas ninguna que entrase seriamente en la vida de su progreso sino bajo la salvaguardia de la humildad. Cuando un hombre que ha recibido de Dios una alma elevada, un corazon grande, una inteligencia capaz de concebir el ideal, y una voluntad capaz de obtenerlo, no adelanta en la via del progreso, puede afirmarse que le falta una revelacion, la revelacion de la humildad.

Por el contrario, cuando la humildad ha bajado en una alma, la atrae hácia el centro de donde ella ha bajado para venir á esta, es decir hácia Dios: y he visto siempre en una misma alma y un mismo cora-

zon estos dos movimientos simultáneos, un grande impulso hácia la humildad y un grande impulso hácia la perfeccion. Este es el hecho que sin quererlo se observa en la vida de todos los santos: el progreso en la virtud y el progreso en la humildad encontrándose en una armonía perfecta. Algunos se preguntan á sí mismos con sorpresa, cómo lo han hecho los santos ilustres para creer que ellos nada eran. Dignos de tantos respetos, ¿de dónde les venia la ambicion de tanto desprecio? Tan grandes por sus virtudes y muchas veces por sus obras, ¿cómo llegaban á hallarse pequeños? ¿Cómo el milagro de su santidad no borraba en ellos el milagro de la humildad? A esta cuestion, Señores, hay una respuesta: su santidad era su humildad misma: la una crecia con la otra, porque la una salia de la otra, ó mas bien porque la una era la otra. La vista de su imperfeccion y la ambicion de ser perfectos, el sentimiento de su vacío y la pasion de la plenitud, la conviccion de lo que les falta y la necesidad de completarse, crecen y se desarrollan en un mismo tiempo en la vida de los santos. Ellos sienten la armonía profunda de estas dos palabras del Evangelio: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto. Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon*. Ellos oyen á Jesucristo que en lo mas íntimo de su alma les revela este secreto profundo de su progreso: Aprended á bajar al abismo de vuestra miseria y de vuestra nada para entrar por mí y conmigo en la perfeccion, la grandeza y lo infinito de Dios.

Hé aquí, Señores, sobre nuestro progreso moral el punto de partida de nuestra filosofía cristiana; y entendedlo bien, no teneis otra mejor. Allí está la piedra angular, y la verdad os reta á que pongais sobre otro fundamento la perfeccion de los otros y la vuestra. La desdicha de muchos hombres de nuestro tiempo, si quereis saberla, héla aquí. Ella consiste en ignorar todavía, al cabo de diez y ocho siglos de cristianismo, este primer elemento de perfeccion cristiana.

Vosotros quereis como yo y conmigo el progreso moral de la humanidad. Pues bien, yo os conjuro que respondais aquí á la verdad que os interroga: ¿Qué os falta ante todo para entrar en esta via y atraer los demas tras vosotros? ¿Qué os falta para fecundar en vosotros mismos todos esos gérmenes de grandeza que Dios ha dejado caer de su seno en el fondo de vuestras ricas naturalezas? Una sola cosa, la

humildad. Un acto de humillacion voluntaria, no mas que uno, haria de mas de mil de entre vosotros prodigios de virtudes é instrumentos de progreso. La humillacion voluntaria del arrepentimiento haria en vosotros esta trasfiguracion, por la que es preciso pasar para subir al Progreso. Pero muchos no lo quieren; ellos se creen demasiado grandes para abajarse hasta confesar su miseria, y esta conviccion soberbia es causa de que nunca saldrán de su miseria. Hay aquí hombres que llevan en sus almas la semilla de las mas vastas cosas, los cuales en la majestad de su frente me muestran la señal de una vocacion sublime. El milagro de la humildad haria de ellos grandes hombres en el mas bello sentido de esta palabra; hombres, cuyos vestigios generosos besan con amor las generaciones, y á quienes estas no deben hacer mas que seguir para hallar su progreso: si estos tales no quieren comprender esta fuerza de la humildad que engrandece, la persuasion insensata de una falsa grandeza hará que se extingan y mueran en el seno de una mediocridad, por no decir de una bajeza real. El uno llevará el esfuerzo de su talento hasta la ilustracion de la novela corruptora; el otro sepultará su nombre en la gloria del folletin maligno; este empleará su bello númen en abrir abismos de duda en el fondo del alma humana; aquel abrirá en lo mas profundo de los corazones abismos de perversion, consumiendo en pervertir á los hombres toda su esforzada energía: otro por fin llegará hasta no hacer enteramente nada, hallando como cosa sublime y digna de un hombre de buen nacimiento pasar toda su vida en ocuparse de sí mismo.

Pues bien: miétras que todos esos ilustres que tienen una palabra, una pluma, un pincel, y mejor que esto una alma, un corazon, un talento capaces de las cosas mas fecundas, están gloriosamente ocupados en disminuir nuestras verdades y arruinar nuestras virtudes; miétras que toda esa elocuencia, toda esa poesía, todo ese talento y todos esos tesoros de las grandes almas se derramarán á torrentes sobre los pueblos para ir á parar á la esterilidad del bien ó á la fecundidad del mal, un hombre pasará por en medio de ellos ignorado del mundo y despreciado de sí mismo: llevando el sello de la grandeza, pero cubierto con el velo de su humildad; huyendo la gloria y persiguiendo el bien; este hombre á fuerza de reflexiones serias, de oraciones ardientes y de luchas heróicas ha llegado á este resultado

singular pero inmenso, esto es la conviccion de su propia nada. Este hombre realizará en el decurso de su vida las mas grandes cosas: de esta nada de un hombre saldrán para la dicha y el progreso de la humanidad creaciones poderosas: él formará generaciones sin cuento en la pureza, en la abnegacion, en la honestidad, en la justicia, en todas las virtudes: él será el padre de un millon de huérfanos, el consolador de un millon de afligidos, el protector de un millon de desamparados, el restaurador moral de un millon de seres degradados, el sustentador de un millon de hambrientos; en fin uno de aquellos hombres, diez de los cuales son bastantes para impedir que perezca, no diré una ciudad, sino una nacion; uno de aquellos hombres, que sin hacer ningun milagro curan á aquellos que los tocan, mediante el contacto de aquella vida que por su poder es un continuo milagro; uno de aquellos hombres, que por sí solos hacen mas para el verdadero progreso del mundo que todos los filósofos, que todos los literatos, que todos los poetas, que todos los políticos juntos. ¿Y porqué esta fuerza, esta fecundidad, este poder en un solo hombre? porque este hombre ha sido *humilde*.

A mas de que, cualquiera que sea la razon íntima, esta es la luz mas sublime que despiden diez y ocho siglos hace las obras ejecutadas por los hombres. La historia de la Iglesia católica en especial cuenta con testimonios, cuya voz no se puede acallar, el poder creador de la humildad. Ved todos los santos que han señalado su paso en la humanidad con obras fecundas: la grandeza de sus obras tiene por medida la grandeza de sus humillaciones. Yo me atrevo asegurar que no hay en el cristianismo una cosa verdaderamente grande y verdaderamente eficaz, que no haya sido producida por humildes. Podrá haber soberbios al exterior, mas en el fondo se hallan humildes: los soberbios hacen el ruido recogiendo la gloria; los humildes hacen las cosas recogiendo tal vez el oprobio: y la razon es que ellos solos tienen el gérmen de la fecundidad; y célebres ó ignorados, aplaudidos ó insultados, vencedores ó vencidos, ellos producen, y sus obras son el progreso del mundo. ¡Vencidos! los santos lo parecen muy á menudo; pero en definitiva ellos triunfan siempre, porque Dios está con ellos, asegurando sus mas reales victorias en medio de sus mas aparentes derrotas. Podria decirse que todo cede á su imperio, pues su humildad es

una soberana que se hace obedecer. Las criaturas hacen lo que ella quiere, y el Criador mismo parece que está aguardando sus órdenes. Dios no resiste á esa fuerza de la humildad que atrae á sí su fecundidad para glorificarle con obras que llevan la marca de su poder y el sello de su perpetuidad. Las creaciones de los humildes tienen en efecto este carácter : ellas permanecen despues que ellos ya no existen, porque no han edificado sobre sí mismos, y porque Jesucristo sobre el que fabrican, permanece eternamente; no así las obras de los soberbios, las que, una vez que han muerto estos, no son mas que ceniza, y sus ruinas no quedan sino para atestiguar su impotencia para hacer cosas duraderas. ¡O poder, ó fecundidad, ó milagros de la humildad cristiana! ¡Ah! yo creo percibir aqui algo de los designios de la divina sabiduría. Dios quiere que el hombre aun en las obras de sus manos atestigüe tambien la creacion de Dios. Su poder es tanto mas manifesto en las creaciones humanas, cuanto mas el hombre crea de su propia nada. Cuando el hombre se confiesa débil, Dios le fortifica; cuando el hombre se abaja, Dios le eleva; cuando el hombre se vacía, Dios le llena; y cuando á fuerza de humildad él se hace nada, entónces su infinidad se apodera de él por todas partes, y su poder de crear se derrama en él con plenitud para surgir en obras fecundas.

Así, este Dios de los humildes, al abajar su divinidad hasta nuestra nada para producir la salud del mundo, ha proclamado para siempre jamas el poder creador de la humildad : él ha condenado las obras del orgullo á secarse sobre su raiz, como plantas que han perdido con la savia el gérmen de la fecundidad; y ha querido que la humildad se descogiese al sol de los siglos cristianos en flores llenas de perfumes, y en frutos llenos de sabor y de inmortalidad.

Tal es, ó Dios de los humildes, ó rey de los pequeños, el misterio de vida salido por dos veces de los tesoros de vuestra fecundidad infinita; en la primera creacion que hizo el mundo de la naturaleza, y en la segunda que hizo el mundo de la gracia. Vos os abajais para crear; vos habeis querido que las creaciones humanas estuviesen sometidas á la ley que rige las creaciones divinas; es la gloria del cristianismo y la grande iluminacion de vuestro Calvario revelar á los siglos nuevos este misterio oculto desde el principio del mundo. O

Dios de los humildes, yo me prosterno con amor delante de este misterio que el mundo no conoce, ni quiere oír sus divinas armonías; y os doy gracias por haber dado al mas pequeño y mas incapaz la vocacion de proclamar delante de los mas grandes y mas hábiles el poder de los humildes y la fecundidad de la humillacion.

Pero la humildad no solo produce la perfeccion en el hombre y la fecundidad en las obras : produce tambien la armonía en la sociedad. La armonía social es el problema de este tiempo; y la conservacion del orden en este sentido verdadero de esta palabra es la cuestion del dia... A nadie se le oculta hoy, desde el uno al otro extremo de la Europa : la armonía social está continuamente bamboleando, y el orden fuertemente amenazado. Este mal social que atormenta al mundo, reconoce muchas causas; pero hay una que me parece mas profunda, mas universal, mas activa. ¿Y cuál es? El horror de obedecer. Un espíritu satánico se ha apoderado de nuestra sociedad moderna : este espíritu se reconoce en todas partes por una misma señal, el horror de obedecer; fuera dependencia, fuera sumision, fuera obediencia, y por consiguiente fuera autoridad; tal es la voz sorda pero distinta que se oye pasar entre los ruidos de nuestro tiempo. Esto no puede ya ser un misterio para nosotros; y nadie puede llevar á mal que yo denuncie de lo alto de esta cátedra este paso del espíritu de Satanás por entre poblaciones que tienen todavía en la frente la señal de Jesucristo. Se odia á la *autoridad*, porque la autoridad engendra la dependencia; se odia á la autoridad, no porque lleva este nombre, levanta esta bandera, impone este mandato, ha cometido esta falta; se odia á la autoridad porque ella es autoridad.

Por esto, todo lo que en la sociedad moderna tiene facultad de establecer el orden, todo lo que personifica en sí la autoridad, es perseguido por esos odios implacables segun la medida que la representa. Para matarla con mas seguridad se le asesta al corazon ó á la cabeza; y si Dios estuviera al alcance de los malvados, descargarían sobre Dios. Sí, en la situacion en que nos hallamos, si Dios se presentase sobre un trono visible, con un cetro en la mano, y dispuesto á gobernar por sí mismo las sociedades humanas, no tengo duda en afirmar que en derredor de ese trono se verían hombres que conspirarian : el infierno hiciera estallar sus máquinas contra este rey del cielo, venido para